

Evolución y Progreso de la Pedagogía Catequística

Iniciamos con el presente artículo una serie de exposiciones históricas sobre la evolución y progreso de la Pedagogía Catequística desde los primeros siglos de la Iglesia hasta nuestros días. Formarán parte de la modesta, pero sincerísima contribución de SIC al esplendor y eficacia del Congreso Catequístico Nacional, que ha de celebrarse en Caracas en el mes de Mayo de 1943.

Quien considere estos artículos como una prolongación de la polémica que amigablemente hemos sostenido en números anteriores sobre la conveniencia de los Catecismos en preguntas y respuestas, no interpretará con justicia la exposición que iniciamos. Tratamos de realizar un estudio histórico, absolutamente ajeno a sentimientos de escuela y de partido. Si en el curso mismo de la exposición quedan eliminadas ciertas afirmaciones de nuestro erudito colaborador o las que más recientemente se han emitido en otras publicaciones, hacemos constar de antemano que no hemos intentado directamente tal finalidad, aunque siempre habremos realizado una obra beneficiosa para la orientación de las discusiones del próximo Congreso Catequístico.

El curso periódico de la revista, nos limita forzosamente a siete nuestros artículos, si han de cerrarse el próximo mes de Mayo. Irán expuestos bajo los siguientes epígrafes:

I. Estilo catequístico de Cristo y sus Apóstoles.

II. El Catecumenado. Catequesis de San Agustín y San Cirilo de Jerusalén.

III. La Instrucción religiosa de los párvulos en la Edad Media.

VI. Los grandes catequistas del siglo XVI.

V. Decadencia catequística en la época de la Ilustración.

VI. El "Movimiento de Munich" y la restauración catequística moderna.

VII. La pedagogía activa y sus aplicaciones catequísticas contemporáneas.

I — ESTILO CATEQUISTICO DE CRISTO Y SUS APOSTO LES.

Con justicia se coloca siempre al mismo Cristo y a sus Apóstoles como fundamentales modelos de la Pedagogía Catequística; y se comprende que las diversas escuelas pedagógicas que se han ocupado de la catequesis, traten de catalogar al Divino Maestro y a sus discípulos entre los primeros modelos de sus respectivos métodos de enseñanza.

Por lo mismo son de imperiosa necesidad las siguientes reflexiones previas:

Cristo no trató de darnos expresamente lecciones de pedagogía, ni de anticipar los avances que ese ramo del saber humano, como la Física, la Química, o la Historia Natural, habían de realizar en posteriores siglos. No debe extrañarnos, pues, que utilizara los métodos de enseñanza comunes entre los Rabinos y Doc.

tores de su tiempo, cómo utilizó los medios de locomoción comunes en su época y en su país. En cambio podemos garantizar que nos enseñó las virtudes morales necesarias a todo catequista.

Segundo: tanto Cristo como sus Apóstoles, aunque amaron y se interesaron por los niños, catequizaron preferentemente a los adultos, si hemos de atenernos a las relaciones del Evangelio y a los Hechos de los Apóstoles. Otro tanto se ha de decir de los grandes Catequistas de la primitiva Iglesia, sin excluir a San Agustín y a San Cirilo de Jerusalén. El interés por la catequesis de los párvulos sólo se inicia en el siglo octavo de nuestra Era.

¿Practicó Cristo el método histórico?

Del uso frecuente que hizo Cristo de las parábolas — utilizadas también en su tiempo por los Doctores de la Ley — se ha deducido la siguiente afirmación. "Jesús no hablaba nunca al pueblo y a los niños sino sirviéndose de hechos y comparaciones, sacados de la Historia Sagrada y de las condiciones de vida de sus oyentes". Y de esta afirmación, cuya inconsistencia vamos a demostrar inmediatamente, se concluye la siguiente ley: "solamente después que se ha establecido el hecho histórico se procede a razonar sobre él". Según esta teoría Cristo sería el modelo ejemplar del método histórico o deductivo.

A estas afirmaciones tenemos que responder, en primer término, que no conocemos en el Evangelio ninguna exposición de Cristo dirigida expresamente a los niños. Que un análisis de las exposiciones del Maestro recogidas en el Evangelio, sobre todo el Sermón de la Montaña, las discusiones del Templo y los largos discursos teológicos transcritos por San Juan, prueba que el Maestro utilizó no menos el método expositivo que el deductivo o histórico. Que según la opinión general de los exégetas, el Señor sólo al iniciarse el segundo año de su apostolado comenzó a emplear como estilo preferente, el de las parábolas. Que algunas de esas mismas parábolas — la del sembrador, la de la cizaña — lejos de ser un medio intuitivo y popular para facilitar las explicaciones, resultaron tan complicadas para los Apóstoles, (representación viva del pueblo), que hubieron

de acercarse al Señor para suplicarle su interpretación. Lo que hizo el Maestro añadiendo que "a ellos les era dado entender los misterios del reino de Dios mientras que a los extraños se les hablaba en parábolas, de modo que viendo, vean y no reparen; y oyendo, oigan y no entiendan". (S. Marcos IV, 11.12); palabras evangélicas que parecen demostrar todo lo contrario de lo que nos querían probar los defensores del método histórico.

De donde se deduce que el Señor no habló exclusivamente en parábolas, narraciones y ejemplos; que a veces no utilizó esas mismas parábolas para llevar gradualmente — como quieren los defensores del método histórico — a la deducción espontánea de las verdades abstractas; que lo mismo que utilizó las parábolas y las narraciones, empleó el diálogo, la increpación, la afirmación y el discurso expositivo.

¿Método erotemático?

De las parábolas de Cristo se ha querido deducir que su método exclusivo, al hablar al pueblo, fué el histórico. Del mismo modo de los breves diálogos e interrogaciones de Cristo se ha querido concluir que mostró predilección por el estilo erotemático o interrogativo; y aún del método socrático. Mucho más inconsistente resulta esta nueva afirmación, si ha de tener valor exclusivista.

Las interrogaciones de Cristo son con frecuencia peroraciones oratorias a una exposición anterior: ¿Acaso no valeis más vosotros que las flores del campo y las aves del cielo? — ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?

Otras veces reclaman un acto de fe: ¿Quién decís que soy yo?

A las veces velan una reconvencción: ¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: te son perdonados tus pecados; o decir: Levántate, toma tu camilla y anda...?

Rara vez tienen el carácter de las interrogaciones de nuestros catecismos.

De un método socrático, en el que, por una serie de preguntas capciosas y la demostración de la contradicción en las respuestas, se va llevando el interlocutor al esclarecimiento de una verdad, no hay constancia expresa en el Evangelio; a no

ser, y muy imperfectamente, en el episodio de la moneda del tributo y en la cuestión propuesta a los fariseos sobre la interpretación del texto de David: **Dijo el Señor a mi Señor...** (Marc. XII, 14-17; Luc. XX, 39-47). Pero en estos y otros episodios semejantes se trataba de diálogos maliciosos y sutiles con los sabios de la Ley.

Así pudieran irse refutando las afirmaciones más contradictorias a que los prejuicios de escuela han llevado a ciertos escritores que han querido corroborar sus métodos con el estilo catequístico de Cristo. Nosotros encontramos sapientísima la afirmación de Daniel Llorente en su admirable *Pedagogía Catequística* (pg. 534 ss):

"Absurda pretensión sería, querer hallar resueltas en las parábolas y sermones del Divino Maestro todas las cuestiones minuciosas de la Pedagogía Catequística; como sería también poco correcto prefijarse un método particular y defenderlo como exclusivo, basándose en las lecciones de Jesucristo, nuestro modelo. Habría que tener muy en cuenta las excepcionales prendas de la persona del Salvador, y las circunstancias de su auditorio, que en gran parte nos son desconocidas".

... "respecto al método, forma, procedimientos de N. S. Jesucristo, podemos deducir únicamente ciertas reglas generales, que son, con todo, utilísimas y que se descuidan con frecuencia.

Tales son la sencillez, con que exponía las más profundas verdades al alcance de las gentes del pueblo; la unción, con que excitaba los afectos y movía a la virtud; la autoridad soberana, que llenaba de asombro a las muchedumbres, ante la indecisión y sutileza de los doctores de la Ley".

Los Apóstoles: doble campo de apostolado.

Conforme al Testamento, que los Apóstoles recibieron de Cristo: **Docete omnes gentes, baptizantes** ., al bautismo de los neoconvertidos debía corresponder una instrucción previa sobre las enseñanzas del Maestro.

Pero entre los primeros convertidos al cristianismo han de distinguirse necesariamente los que provenían de la gentilidad y del judaísmo.

Si examinamos los pocos discursos que nos han conservado los Hechos de los Apóstoles veremos que argüían a los judíos con las profecías del Antiguo Testamento sobre el Mesías y su realización en Cristo. Es ejemplo clásico el primer sermón de S. Pedro el día de Pentecostés. A los gentiles politeístas trataban más bien de probar la existencia de un solo Dios, creador del mundo, juez de buenos y malos. Ejemplo característico: el discurso de San Pablo en el Areópago de Atenas.

Pero en estos discursos se trata de la primera iniciación e impulso hacia la conversión. Decidida la incorporación a la Iglesia, gentiles y judíos recibían más amplia instrucción religiosa antes y después de recibido el bautismo. Creemos evidente que en esta fase catequística, los Apóstoles utilizaban preferentemente la narración de la Vida de Cristo, de que eran testigos.

Los Evangelios, catequesis apostólica.

Contra la tesis protestante, que hace del Nuevo Testamento única fuente de la fe, por interpretación individual, con desprecio de la tradición que en la realidad precedió a los propios Evangelios, ha escrito sabiamente el P. Julio Lebreton, S. J. en la Introducción a su exquisita Vida de Jesucristo:

"Los Evangelios no son obras literarias nacidas de la iniciativa de uno o varios escritores; ni tampoco libros creados por los autores cuyos nombres llevan, Mateo, Marcos, Lucas o el mismo Juan; son catequesis predicadas por muchos tiempo y definitivamente fijadas por escrito. Clemente de Alejandría, en un fragmento conservado por Eusebio (*Historia Eclesiástica*, VI, 14), escribe: "Como Pedro predicase públicamente en Roma la palabra de Dios y expusiese el Evangelio bajo la inspiración del Espíritu Santo, sus oyentes, muchos en número, rogaron a Marcos, que le había acompañado largo tiempo y recordaba sus catequesis, que pusiese por escrito lo que había enseñado. Accedió Marcos, y presentó el Evangelio a los que se lo habían pedido. Al enterarse Pedro, nada le dijo ni para retraerle ni para empujarle a ello". El anónimo autor del Canon de Muratori explica de parecida manera la redacción del cuarto Evangelio por San Juan: "A

la suplica de sus condiscípulos y coepiscopos respondió Juan: Ayunad conmigo tres días, comenzando desde hoy, y lo que a cualquiera de nosotros se revele, contémoslo. Aquella misma noche se le reveló a Andrés, uno de los Apóstoles, que Juan escribiría todas estas cosas que los demás habían de revisar”.

Hay en el relato de Clemente de Alejandría, lo mismo que en este de Muratori, detalles legendarios, que, sin embargo, vienen a confirmar el recuerdo de la catequesis oral, anterior a la relación escrita, y que durante mucho tiempo le fué preferida; por lo demás, los discípulos más antiguos de los Apóstoles abundaban sobre el particular en los sentimientos de Papias, que consignó Eusebio (H. E., II, 39,4): “Creía que de estos libros nunca se sacaría tan gran provecho como de la palabra duradera y viviente”.

A estas sabias reflexiones del Padre Lebreton sólo tenemos que añadir dos notas:

La primera es que había un motivo especial para que la catequesis de los Apóstoles tuviera por fuerza, carácter narrativo: eran los testigos de la Vida de Cristo y los providenciales transmisores de sus hechos para toda la historia posterior de la Iglesia.

Que tal método no fué en manera alguna exclusivo. Así los defensores exclusivistas del método histórico han querido deducir de los escasos párrafos narrativos de las Epístolas de San Pablo, que él y los demás Apóstoles utilizaron preferentemente la narración para proceder luego a razonar sobre las verdades dogmáticas. Si se estudian por retazos las Epístolas de San Pablo pudieran defenderse, a base de él, los méto-

dos más contradictorios. El error fundamental está en el exclusivismo. Es evidente, por ejemplo, que el tono general de las Epístolas de San Pablo es positivo, y no deductivo ni narrativo, lo que no demuestra que el propio San Pablo, de quien recogió San Lucas su Evangelio, no utilizara preferentemente en sus catequesis la narración de la vida de Cristo.

Otros monumentos de la Catequesis Apostólica.

Los más venerables, considerados unánimemente por los investigadores de la primitiva literatura cristiana como retazos catequísticos, son la *Didaché* o *Doctrina de los Apóstoles* y la *Epístola del Pseudo Bernabé*. Los capítulos 1 al 6 de la *Didaché*, repetidos casi literalmente en los Nos. 12-20 de la *Epístola del Pseudo Bernabé*, recogen la doctrina moral de los Apóstoles. En cambio su doctrina dogmática, en su forma más primitiva e inmediata, hay que extractarla de los primeros apologetas; sobre todo, de la *Apología Mayor* de San Justino.

Bibliografía.

Gatterer, Michael, S. J. — *Katechetik oder Anleitung zur Kinderseelsorge*. Innsbruck. Rauch, 1931.

Llorente, Daniel. — *Tratado Elemental de Pedagogía Catequística*. Valladolid, Martín, 1934.

Lebreton, Julio, S. J. — *Vida y Doctrina de N. S. Jesucristo*. Trad. de Fel. Cereceda. Madrid. Razón y Fe, 1933.

Funk, Franciscus X. — *Patres Apostolici*. 2 tom. Tubinga. H. Laupp, 1901-13.

Otto, Car. Th. — *Corpus Apologetarum Christianorum*. Jena. Dufft, 1876.

M. Aguirre Elorriaga, S. J.